

ADMINISTRACION, CALLE 18 DE JULIO N° 57

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO-LITERARIO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE SU NOMBRE

EDITOR Y ADMINISTRADOR

MIGUEL ISABELINO MENDEZ



MONTEVIDEO

IMPRENTA Á VAPOR DE EL SIGLO, CALLE 25 DE MAYO, 40

1872

Sor D^{na} Juan Jose Segurido

Las respetables personas que me han escrito en la palabra han tratado de darme un consejo muy bueno, y me he acordado de lo que me enseñaron.

Hay situaciones en la vida social, tan especiales, en que el silencio con su elocuencia puede haberse cumplido a las mas singulares expresiones, porque el lenguaje humano en las circunstancias, en sus inventos, palabras bastante curiosas, para interpretarse con fidelidad ciertos sentimientos del alma.

Tal es la situacion en que me encuentro ahora, en este supremo momento, en que voy a interrumpir las mas gratas horas de la fiesta, con mi pobre discurso.

A la verdad, Señores, poco, muy poco, me acordé de lo que me enseñaron, en mi corta vida, de lo que me enseñaron, de mis felices pasiones, que lo que he sentido de la vida pasada, en el día de hoy en medio de estas clases de personas, a quienes he visto en el salón pabellón de los señores señores, sobre un gran alfombra de verde verde y entre personas bien grandes de mi edad!

Me daña, con toda la opinion de mi alma, que le conceda a la que ha imperado en esta reunion, por tener un fin, fuera el prohibido de la fraternidad y concordia que debiera existir entre la Juventud Uruguaya por todo el siglo!

Me suspiran congojas de los patriotas por los, porque los amargos tiempos de tribulacion y tanto que para ser el plácido contento que se debe disfrutar en todo los dias de la vida es un feliz presagio de los dias serenos que todos nos aguardan.

Allí en la gran reunión de mi alma pensante de la bonanza para la Patria, por que el castro de Bay que alborota en el horizonte político, ha de hacer la ley que llevará el convencimiento a todos los espíritus, garantizándonos contra los abusos del poder, y marcando una era de la bonafidencia en el Progreso, será como una prueba de orden y equidad para el Porvenir.

Señores, saludo a la Pátria, libando en este momento a por nuestra consagracion de las libertades públicas. He dicho.

Señores, hinda por la Confederacion de los Karibos de esta isla española, en el terreno neutral de los Principios. He dicho.

Después de tanta armonia - He dicho otro Copia - He dicho otras cosas marchando - Con viento en popa. He dicho.

Señores, hinda por la Confederacion de los Karibos de esta isla española, en el terreno neutral de los Principios. He dicho.

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

MIGUEL ISABELINO MENDEZ

EDITOR Y ADMINISTRADOR

SUMARIO DEL NÚM. 34

CONSIDERACIONES SOBRE LA PROMULGACION DEL DERECHO NATURAL, *tesis leída en el "Club Universitario"* por Divinísimo Terra—CAPITAL BAJO LA FORMA DE MÁQUINAS, *conferencia presentada al "Jula de Economía Política" de la Universidad* por Juan José Segundo—LA PLUMA DE ACERO Y LA PLUMA DE GANSO—LA CAJA DE PLATA, *cuento fantástico*, por A. Dumas (hijo), traducido literalmente del francés para la señorita V.... E.... (continuacion)—SECCION POÉTICA : *Al Sol*, (de una leyenda) por José Pedro Varela—*Quejas*, por L. N. Alem.

Consideraciones sobre la promulgacion del Derecho Natural

TÉSIS LEIDA EN EL « CLUB UNIVERSITARIO »

Señores :

Si no tuviera presente el principal objeto de esta sociedad, de la cual tengo el honor de formar parte, cual es proporcionar un medio para que la juventud que la compone ejercite su espíritu en los conocimientos científicos, no me habria animado á presentaros mi trabajo, porque él es muy pobre en méritos. Desnudo de todos los coloridos del talento y erudicion, solo tiene en vez de concision esa esterilidad que revela la ignorancia. Pero, no importa : estoy cierto que, sabiendo vosotros que voy á tratar de la *promulgacion del derecho natural*, la importancia misma del punto conquistará vuestra atencion; por mi parte solo os pido indulgencia en el juicio.

El Dr. Perez Gomar al tratar esta cuestion dice : « Dios hizo á la « humanidad con igualdad y al mismo tiempo con desigualdad entre « sus partes, repartió la vida entre ellas y dió el alma á cada una, un « principio inmaterial que dirijiese esa vida en todo sentido, hácia él « mismo, hácia el universo, hácia el *yo* y que en si propio se aperci-

« biese de todos sus actos; de aquí el sentimiento y el conocimiento ».

Sigue el autor citado desarrollando su teoría hasta que por fin concluye que es por los fenómenos de placer y dolor que percibimos la ley natural, fundándose para esto en que todos los hombres son iguales por el sentimiento y desiguales por el conocimiento.

Yo creo que esa desigualdad de que se nos habla no arguye en nada para concluirse, que es por los fenómenos de una capacidad, por los sentimientos de placer y dolor que percibimos los principios eternos que estableciera Dios; y aun voy mas allá, esa desigualdad no existe en la cuestión que nos ocupa.

El hombre rústico que no ha cultivado su inteligencia, conoce tan bien los preceptos naturales, como el mas sábio, pues, por denso que sea el velo de la ignorancia en que se envuelve, nunca es tanto para impedirle que alcance la idea de justicia, base de todo derecho, las correlativas de deber y obligación, en una palabra, todas aquellas que lo lleven al cumplimiento de su fin.

Estas ideas, pues, se hallan de *igual modo* en todos los hombres y para esto basta el desarrollo de sus facultades.

Pero, ¿cómo han llegado hasta nosotros? ¿Será que Dios las colocara en gérmen en nuestros corazones, para que despues se desarrollasen bajo el influjo del sentimiento, como lo suponen algunos, ó seria mas bien la razon que las concibe?

Esto último lo significa Ahrens cuando dice definiendo el derecho natural : « Es la ciencia que espone los principios cardinales del derecho, fundados en la naturaleza del hombre y concebidos por la razon. »

Y así como el célebre jurisconsulto alemán, muchos otros que se han ocupado del derecho natural, no atribuyen su promulgacion sinó á esa facultad del alma que no bastándole lo finito, contingente y relativo que en la esfera de la esperiencia se encuentra, se eleva á las regiones sublimes de lo infinito, absoluto y necesario.

Si por promulgacion se entiende como creo, *el conocimiento de una ley dada por su legislador ó por quien corresponda, á una parte ó el todo de la humanidad*, Dios, legislador del derecho natural, no podia promulgarlo por los fenómenos de placer y dolor.

Porque, para que estos salgan de su cuna, ó mas bien, para que nazcan, se necesitan dos hechos racionales—el conocimiento de la ley y el

juicio que la razón forma de nuestros actos con arreglo á esa ley: es entonces que sentimos placer ó dolor segun la hayamos seguido ó infringido.

Un moralista hablando del placer y dolor dice : « Muchos han confundido estos fenómenos con el bien y el mal, pero es un error; puede suponerse una naturaleza que careciera de sensibilidad. Para ella habría siempre un fin, un bien y tendencias que la llevasen á ese bien; pero sin la sensibilidad, lo que se llama placer y dolor, es decir los signos del bien y del mal, no existiría para ella » El cual, como se vé, dá á estos fenómenos un rol muy posterior al conocimiento de la ley; y esto es lógico; nosotros practicamos el bien por el bien mismo y no porque nos haga gozar, puesto que de lo contrario vendríamos á caer en la errónea teoría de Locke que decía: « Todo lo que nos hace gozar es bueno, todo lo que nos hace sufrir es malo ».

También en las páginas de la historia se encuentran pruebas incontables contra la teoría del sentimiento, y sino ved esas tribus salvajes de las rejiones asiáticas en que los hijos se devoran á sus padres cuando esos han dejado de existir ó que los hacen apurar el último eslabon de su vida, descargándoles el golpe fratricida.

Lo que, á juzgar con arreglo á la ley natural, no hay mayor atrocidad y sin embargo, ellos al cometer semejante acto, están muy lejos de sentir el dolor intenso que se sigue á la infracción. ¿Cómo se explica, pues, este hecho? ¿Se dirá que esa parte del género humano carece de sensibilidad? no; esto no podría suponerse observando el orden natural de las cosas. Es que esos hombres, imbuidos desde su mas tierna edad en falsos principios, no han podido descubrir desde el abismo en que se hallan, la clara luz de la verdad. Ellos conciben la ley natural, piensan seguirla, pero en virtud de erróneas creencias, falsean la aplicación: en vez de cumplirla la infringen.

Los que sostienen la teoría del sentimiento dicen que siempre que obramos instintivamente estamos en el cumplimiento de la ley moral, porque el hombre tiende naturalmente al bien; pero yo creo por el contrario, que obrando así, casi siempre la infringimos. Para probarlo voy á proponer un ejemplo.

Supongamos á un hombre que vé á su patria amenazada por una invasión.

Este hombre oprime con la férrea mano de la voluntad que su razón anima, el amor de hijo, de esposo, de padre y hasta el amor de su propia vida y corre á defender la libertad de su patria. ¿Se dirá que este hombre ha infringido la ley moral por no dejarse asir con las suaves cadenas del sentimiento? No, por cierto; ese hombre no oía sinó los gritos de su razón que lo llaman al cumplimiento de un deber; y todo lo que sufriera por perder talvez para siempre las delicias de su hogar, era indemnizado con las caricias, si se me permite la frase, de su propia conciencia y la mirada benévola de sus semejantes. Por el contrario, si hubiese despreciado el deber para seguir al sentimiento, seria reprochado por los mismos que antes lo hubiesen aplaudido y por ese juez inflexible, su propia conciencia, que lo tachara de infractor del derecho natural.

Esto prueba, pues, que el sentimiento en las almas débiles en vez de llevarlas al cumplimiento de la ley moral las lleva á su infracción.

Que en el mundo físico la sensibilidad sea la causa ocasional de nuestros conocimientos, concedo; porque en este caso nuestro espíritu necesita de un algo exterior que lo impresione, que despierte su actividad y si no fuéramos sensibles claro está que el no yo material para nosotros, en cuanto á impresiones, seria idéntico al no-ser.

Hé aquí, señores, el rol de la sensibilidad; sin ella Newton no habria hecho dar á la física un tan gigantesco paso explicando el cómo de la caída de los cuerpos; sin ella Franklin no hubiera inmortalizado su nombre, demostrando que ese choque de dos nubes que produce el rayo, es un efecto de la electricidad, porque si bien el célebre físico hizo ese descubrimiento por medio de una inducción, necesitaba para esto conocer la naturaleza del fluido eléctrico y de ese conocimiento fué, sin duda alguna, la sensibilidad de la causa ocasional.

Pero no se la lleve en brazos de la preocupacion, envuelta en el manto vaporoso del sofisma, mas allá del mundo físico como precediendo necesariamente á la facultad de conocer en sus adquisiciones, porque es sacar la de su elemento, es pretender cambiar el designio de Dios.

Preguntad á ese observador que se extasia en la contemplacion de una estátua que revela el génio inspirado del artista, si la causa de su admiracion, de la absorcion de su espíritu es tan solo la belleza que el arte imprimiera en ese objeto material; penetrad allá en el fondo de su alma y vereis que ese regocijo silencioso, esa meditacion sublime nace de

una comparacion: él compara la belleza relativa del objetivo material con la belleza absoluta que la razon concibe; cree ver en ese objeto un destello de su ideal y en medio de la multitud de fenómenos que entonces se desprendieron de su alma, se desprende uno mas que es ese placer que no tiene su causa en el mundo físico como lo suponen algunos filósofos, pues el hombre al hacer esa comparacion de que he hablado, parte de sí mismo, parte de la idea de belleza absoluta que en gérmen naciera con él, desarrollándose mas tarde bajo el influjo de ese sol de todos los espíritus, como dijera Fenelon.

Por último, señores, los fenómenos de placer y dolor léjos de llevarnos al conocimiento de los preceptos naturales, á mi juicio, son ellos y generalizando, la aprobacion de los demas hombres, un paso que damos en la tortuosa senda de la sancion moral.

Hé dicho.

Duvimioso Terra.

Capital bajo la formã de máquinas

CONFERENCIA PRESENTADA AL «AULA DE ECONOMÍA POLÍTICA» DE LA
UNIVERSIDAD, POR JUAN JOSÉ SEGUNDO

Señores :

Ha llegado para mí el momento crítico de exponer la conferencia que me ha sido designada.

Vengo, pues, perplejo y bien á mi pesar, á cumplir esta ineludible prescripcion del Aula, y digo á mi pesar, porque reconociendo mi insuficiencia para salir airoso de tan difícil paso, tengo la íntima persuacion, que la voz desautorizada del discípulo, que mi pobre acento en fin, va á profanar este recinto augusto, donde ha resonado y de continuo resuena, la palabra científica y elocuente del Maestro.

Si los ligeros y vulgares apuntes que voy á leer importasen un atentado violento á la ciencia económica, él no debe imputárseme por cuanto he confesado con toda franqueza, mi incompetencia.

Esperando que esta ingénua declaracion, á la vez que vuestra reconocida indulgencia han de servirme de invulnerable escudo contra una, talvez, justa crítica,—entro en materia.

I

Es una verdad incontestable que la *riqueza* es la fuente única de donde fluye el suspirado bienestar de los pueblos, así como es un principio fundamental de Economía Política, que el trabajo del hombre es el único manantial de la *riqueza*.

Pero el trabajo del hombre considerado aisladamente, languidece ó muere, porque no puede existir ni desarrollarse sin el poderoso auxilio del Capital,—del mismo modo que este se aniquila ó disipa sin el trabajo.

Se armonizan de tal modo el *capital* y el *trabajo*, ambos marchan tan íntimamente unidos, como dos corrientes de electricidad contraria.

Pero antes de dar un paso mas hácia adelante, conviene á nuestro propósito sentar previamente algunos principios que nos sirvan de ligera base, sobre que hemos de levantar nuestro frágil edificio.

Así pues, pasamos á definir lo que entendemos por *capital*.

Este instrumento, el mas poderoso de la producción, no es otra cosa que, una porcion de *riqueza* producida y que se ha ahorrado con el propósito deliberado de destinarla á la *reproduccion*.

Pero dividiéndose el capital, en cuanto á su naturaleza, en *fijo* y *circulante*, tenemos que constituye á este toda materia destinada á cambiar de forma ó de manos; y se llama capital *fijo* — todo instrumento de trabajo establecido en cierto modo, en un punto determinado, ya sea representado por una máquina, los talentos adquiridos etc.

Versando, pues, mi conferencia sobre esta faz del Capital, es decir, sobre el Capital bajo la forma de máquinas y ademas—sobre la clasificacion de las industrias—inclusive algunas observaciones sobre la industria agrícola encarada bajo el punto de vista de los principios económicos,—me concretaré por consiguiente á tratar de estos tópicos, procurando hacerlo con la mayor concision posible.

II

El hombre, estudiado por la Sicología á la luz brillante de la conciencia, aparece como una fuerza dotada de sensibilidad, inteligencia y libertad,—tríplice manifestacion del alma en la esfera de la vida,—facultades que tiene el deber imprescindible de desarrollar para poder concurrir, en su

órbita respectiva, á la realizacion de la armonia universal,—para encaminarse, con paso firme, en pos del destino que le está marcado por el Creador mismo y que por intuicion concibe.

Pero el hombre en virtud de su naturaleza misma, por ser un ente finito, contingente y relativo, vive sujeto á imperiosas necesidades; necesidades de cuya satisfaccion no le es dado prescindir—por cuanto debe tender indispensablemente á su propia conservacion.

Es el caso que el hombre entregado á sus propias fuerzas; abandonado al tardio y lento desarrollo de sus *facultades*, apenas puede subvenir mezquinamente á la satisfaccion de necesidades tan apremiantes.

¿Cómo conseguir, pues, esa satisfaccion de un modo mas completo?

Es entonces, cuando vemos surgir á la moderna Ciencia Económica, ya depurada de multitud de errores, de entre las últimas sombras del pasado siglo; y que viniendo en auxilio del hombre y enseñándole los medios de verificarlo mas cumplidamente, le brinda á manos llenas la felicidad que tanto anhela, á trueque de obedecer sus saludables prescripciones.

Si levantamos la mirada hácia mas altas y augustas regiones, veremos que la Moral nos enseña, á su vez, que habiendo sido el hombre creado para merecer, tiene que luchar en la vida, puesto que la condicion de todo mérito reposa en el mas ó menos sério combate que tenga que librar contra todo lo que se oponga á la consecucion del objeto de sus aspiraciones legítimas.

Asi es que, sometido á la santa y fecunda ley del trabajo, tiene que sostener una lucha que durará mientras dure la existencia, tiene en fin que ganar el cotidiano sustento con el fecundo sudor de su frente, cumpliendo asi aquella sentencia evangélica «... *In sudore vultus tui vescori panem.* »

Empero, si el hombre estuviese condenado á valerse de su fuerza fisica solamente para ejercitar el trabajo, podriamos afirmar, sin duda, que sus resultados serian muy precarios, arrastrando por lo tanto una vida llena de miserias, llena de dolor.

Pero no,—felizmente dotado de una inteligencia mas ó menos clara y estimulado por el sufrimiento amargo y sin tregua, y viéndose abati-do bajo el peso terrible del trabajo material,—trata de poner en juego esa misma inteligencia, medita, y como justo galardón deparado á su

actividad intelectual, al fin consigue, tras de largas vijilias, descubrir un medio que aliviándolo de aquel abrumador esfuerzo, que agotaba la savia de su vida, y ganando tiempo y perfeccionando, al par que multiplicando, de un modo increíble, la cantidad de los productos, puede subvenir entonces mas cumplidamente à la satisfaccion de aquellas supremas necesidades.

Este fué el resultado de su invento, simple y defectuoso, al principio, pero, sometido, como todo lo existente, à la ley inflexible del Progreso, se fué perfeccionando gradualmente hasta el punto que hoy nos sorprendemos agr dablemente al solo contemplar el portentoso vuelo de la mecánica; subiendo de punto nuestro asombro al palpar los resultados plausibles obtenidos por su aplicacion à las diversas industrias.

Tales son las conquistas de la inteligencia humana, que si fuera posible el asociarlas à una paz estable y à una verdadera justicia, disfrutaríamos, antes de poco tiempo, sobre esta tierra ingrata, las delicias de un Eden!

Pero tratemos de establecer rápidamente los inapreciables bienes que ofrece à la humanidad el descubrimiento y aplicacion de las máquinas; esponiendo à la vez, que refutando las objeciones aparentemente serias con que se les pretende combatir.

III

Es indudable, señores, que esta cuestion es una de las mas controvertidas de la Economia Política y que están, por consiguiente, mas divididas las opiniones de los hombres de la ciencia; pero esta misma controversia, lejos de perjudicar, ha contribuido poderosamente al triunfo definitivo de las máquinas.

A la manera como huyen, arrebatadas por la fresca brisa de la mañana, las espesas nieblas de la mar, asi desaparecen los sofismas y errores en que se fundaban sus detractores eternos, ante la evidente verdad de sus benéficos resultados.

¿ Pero cuáles son, se preguntará, esos resultados?

Fácil es responder à esta interrogacion diciendo: — que los efectos de la maquinaria aplicada à las industrias humanas, no son otros que — suplir en gran parte el trabajo manual, aumentar y perfeccionar lo

productos, producir barato, que segun la espresion de Courcelle Seneuil, es el *criterium* de toda combinacion económica,—proporcionar à los asociados mas medios de existir, mas facilidad de acumular capitales y por consiguiente mayor demanda del trabajo.

¿Se pueden pedir por ventura, efectos mas halagüefos?

Pero, no obstante esto, se objeta que, por medio de las máquinas se consigue que un número menor de obreros, produzca una cantidad determinada de artículos de *riqueza*, luego, dicen, disminuye la demanda del trabajo, llevando la miseria à los hogares de multitud de operarios.

Esto es un absurdo, porque sabemos que las máquinas ademas de suplir la mayor parte del trabajo humano, hacen menos pesada la carga de la vida, y al paso que rebajan el precio de los artículos producidos con su auxilio, haciendo que sea mayor su *demanda*, renuevan con mayor rapidez el capital empleado en la produccion.

Las máquinas, pues, lejos de disminuir la demanda del trabajo, la aumentan,—luego es preciso concluir lógicamente que, mejoran considerablemente la suerte del trabajador.

El mismo obrero colocado en su calidad de consumidor, comprando mas barato los artículos producidos con el auxilio de las máquinas, ¿no equivale esto à recibir un salario mas crecido?—porque, es claro, cuanto mas baratura haya, habrá mas consumo, y habiendo mas consumo tendrá que haber necesariamente mayor demanda del trabajo.

Fenómeno este cuya percepcion no puede escapar à la simple mirada del mas miope observador.

Pero no es esto todo.

Se arguye tambien contra las máquinas, diciendo que uno de sus efectos mas perniciosos es aumentar con exceso la produccion, destruyendo asi el equilibrio que debe existir entre ella y el consumo; y que la superabundancia de los productos, obstruyendo el mercado, hace descender su precio hasta un nivel mas bajo que los gastos de produccion, lo que equivale à arruinar al trabajador.

Esto es à todas luces ridículo y falso, porque como ya lo hemos dicho, el aumento de produccion viene à consecuencia del aumento de consumo, y por otra parte, si sucediese, lo que no es de esperar, que la produccion escediera al consumo hasta el punto de obstruir el mercado con sus artículos ¿no quedaria aun el recurso de la exportacion?

¿No se encargaria el *interés privado* de introducirlos en mercados extranjeros, donde en virtud de la libre concurrencia, disputaria la preferencia á los productos indigenas ?

Además, antes que una total ruina viniese á golpear á las puertas del taller del operario, su *interés privado* le prevendria el riesgo que correria; le indicaria que habia llegado el momento de liquidar su negocio, de emprender, en fin, otra explotacion que le augurase resultados mas brillantes.

Sin embargo, al consignar rápidamente las inmensas ventajas que la humanidad ha reportado con el feliz invento y aplicacion de las máquinas, no he querido significar que sus beneficios sean siempre *inmediatos* ni que la riqueza de una nacion deba medirse por el mayor número de máquinas aplicado á sus industrias—No.

Si hubiera aseverado tal cosa, habria consignado un absurdo, porque en primer lugar, es sabido que todo invento en su principio choca con ciertos inconvenientes, que se tornan en plausibles resultados al fin, y en segundo lugar que, el capital *fijo* debe estar en una rigorosa armonia con el capital circulante, es decir, debe emplearse con marcada prudencia, no olvidando que el capital *fijo* representa los gastos de produccion y que exigen largas anticipaciones tomadas del capital *circulante*, que á su vez representa los medios de consumo.

Luego, pues, debe procurarse siempre que el capital *fijo* no grave demasiado sobre el capital *circulante*, y que antes de aumentar su cantidad, se procure acrecentar por todos los medios posible, su eficacia productiva.

De aqui se deduce, sin esfuerzo, que aumentar excesivamente el capital *fijo*, ó lo que es lo mismo, inmovilizar una gran parte del *circulante*, sería esponerse temerariamente á sufrir los horrores de grandes crisis.

Pasemos ahora á otro punto, á la clasificacion de las industrias.

IV

Varias han sido las clasificaciones que se han hecho por los Economistas.

Hay algunos que las dividen en dos categorias, otros en tres y varios en cinco.

Mr. Baudrillar, este autor, cuya obra nos sirve de brújula en la ruta, sembrada de escollos, de esta asignatura, teniendo probablemente en vista la naturaleza é independencia y la particular esfera de acción de cada industria y muy particularmente la mayor conveniencia para su particular estudio, las ha clasificado del siguiente modo: industria manufacturera,—agrícola, comercial, extractiva y de transporte

Esta clasificación, según nuestra humilde opinión, no puede ser más racional y justa.

Por lo demás, creo de todo punto innecesario molestar vuestra atención deteniéndome en un largo análisis de este punto de mi conferencia, porque á mi juicio, esta materia no ofrece serias controversias, por ser más bien cuestión de detalle que de principios económicos.

V

Ahora para concluir réstame agregar dos palabras sobre el rol que toca jugar á la Economía Política en la *industria Agrícola*.

Sabemos perfectamente que la agricultura es una fuente inagotable de productos útiles á la vez que necesarios á la nutrición de los Pueblos y que además ofrece ocupación honrosa á multitud de poblaciones.

Si pretendiéramos determinar detalladamente los multiplicados y necesarios procederes que ella emplea en su explotación, invadiríamos los dominios de la economía rural, y esto indudablemente nos haría faltar á nuestra misión, cual es, la de examinar la industria agrícola á la clara luz de los principios económicos.

En efecto, la Economía Política debe limitarse y se limita únicamente á indicar aquellas condiciones más generales y necesarias al mejor empleo del *capital* y del *trabajo*.

Hé aquí, pues, el punto capital á que debo circunscribirme.

¿Pero cuáles son las causas que más principalmente conspiran, de una manera directa, al progreso de la *agricultura*?

Sin vacilar podemos responder, diciendo—que la legislación de cada pueblo sobre la propiedad territorial es una de las causas que más poderosamente influye en los desarrollos del arte agrícola.

Si la ley no garantizase la propiedad, el hombre gozaría de ella como de un bien prestado y fugitivo; no se cuidaría de establecer la mejora más mínima, ni de fecundarla por medio del trabajo, por temor de que

una usurpacion criminal viniese á despojarlo, cuando menos lo pensase, y á aprovecharse del fruto de su laborioso trabajo.

Y sin esta garantia eficaz ; qué instable y sombrío porvenir se ofrecería á las generaciones futuras !....

Tratándose de la Legislacion misma, no basta que ella garanta la estabilidad de la *cosa apropiada* — hay mas aun.

Si la ley pusiese obstáculos á la *libertad de las transmisiones* ¿ qué sería de la propiedad, esa ancha base sobre que descansa el edificio social, ese pedestal espléndido de la Economía Política?

La propiedad, sin el derecho de *libre transmision* no se concibe, no existiría verdaderamente; quedando ademas estancada en poder, tal vez, de propietarios ignorantes y perezosos,—impidiendo así que fuese adquirida por otros mas laboriosos é inteligentes que, haciéndola fructificar considerablemente, respondiesen de ese modo á las necesidades sociales, que ván en un aumento siempre creciente, á medida que avanzan por la senda florida del Progreso.

Y aparte de otros muchos inconvenientes que surgirían de tal estado de cosas, se vendría á implantar nuevamente aquellas *sustituciones* funestas de origen feudal,—aquellos sistemas ominosos de la Edad Media, cuyas hondas huellas aun se notan en algunos de los Estados de la vieja Europa;—y que su sola evocacion trae á la memoria las supremas amarguras, de numerosas generaciones oprimidas bárbaramente, bajo el trono de las despóticas monarquías de *origen divino*,—que todo lo espoliaban,—y como si tamaña iniquidad no bastase, se le ofrecía todavía al pobre pueblo, el doble yugo de un absorbente feudalismo y de un clero explotador y estúpido !....

Podría abundar en consideraciones de otro orden, encomiando las brillantes ventajas tanto morales como materiales que reportan los pueblos que se consagran con inteligente ardor á la explotacion de esta honrosa industria, pero me lo impide los estrechos limites de una conferencia de clase y sobre todo, — lo limitadísimo del tiempo, — pues solo de diez minutos me es dado disponer.

No obstante esto, ¿ deberé terminar estas páginas humildes, deberá el silencio plegar mis lábios, antes de mencionar los efectos morales que produce el desarrollo de esta industria, sobre los individuos que la cultivan?

No.—Debo consagrarle una palabra siquiera, antes de concluir.

Como vosotros lo sabeis, señores, los efectos morales que sobre el cultivador produce son inmensos y de una plausible trascendencia.

Segun la autorizada expresion de Mr. Passy.—ella indirectamente propende á vigorizar su espíritu y á conducirlo por una recta senda, al paso que con su ejercicio adquiere hábitos de orden y de prevision, de reflexion y de economía

Y qué felices son aquellos pueblos, cuyos habitantes atesoran tan preciosas virtudes!

Hé dicho:

Juan José Segundo.

Montevideo, Octubre de 1871.

La pluma de acero y la pluma de ganso

Quiso una vez la casualidad que se encontrasen reunidas una pluma de acero y una de ganso, en uno de esos montones de basura, cementerio de las cosas despreciadas, de los objetos sin forma y de los despojos sin nombre, que la escoba arroja á la calle, y en los cuales va el trapero, con su linterna en la mano, como Diógenes, á buscar todas las noches su pan del otro dia.

— Os saludo, hermana mia, dijo la pluma de ganso á su vecina con rústica cordialidad, ah! ; no estamos aqui sobre un lecho de rosas! ; qué ingratos son los hombres! ; se nos confunde ya con las cosas mas despreciables, hermana mia! — Mi existencia no ha sido muy brillante; yo, sin embargo no me quejo, porque mi educacion campesina me ha dado una índole humilde. Asi y todo, he pertenecido seis meses — ; seis meses, una vida entera! — á un viejo empleado de Administracion, y he pasado la mayor parte de ese tiempo detras de una de sus orejas, donde, como podreis figuraros, tenia bien pocas distracciones; el pobre hombre dormia mucho, yo dormia tambien en mi percha, y dormiamos los dos á mas y mejor. Tal cual me veis. . .

— Os veo bien desgrefñada, y observo que charlais como si estuviéseiteis en buena salud y en activo servicio, respondió la pluma de acero. Observo igualmente que sois bien atrevida en venir á contar vuestros asuntos á

una pluma á quien no teneis el honor de conocer, y á qué pluma! á una pluma que perteneció á un sábio, y que ha escrito sobre ciencias, sobre moral, sobre jurisprudencia, sobre todas las cosas del alma y del ingenio, sobre todo, en fin, y mas aún, *de omni re scibili et. . .* pero me olvidaba de que no sabeis latín. A pesar de todo, añadió la pluma de acero, condesciendo en escucharos, y hasta quizás en responderos. (*Aparte*). (Tanto es lo que me fastidio aquí!) — Pero no seais tan vulgar en vuestro lenguaje, pluma de ganso, no perdais de vista los preceptos de Horacio, de Boileau; conservad en una palabra, alguna dignidad si podeis, aun en medio de las cosas que nos rodean.

— Vaya! vaya! y qué orgullosa sois, dijo la pluma de ganso; ¿no somos aquí todas iguales, como los hombres bajo la yerba de los cementerios?

— ¿Os atreveis, humilde pluma, á compararos conmigo? replicó la otra con dureza. ¿Cuál ha sido vuestra suerte desde la invencion de la pluma de acero? ¿vivis todavía?

— Apenas si se os ve ya en alguna escuela de primeras letras, ó colgada, como vos misma decís, detrás de la oreja de algun viejo oficinista acompañando allí á sus espejuelos. La pluma de acero ha triunfado de vosotras; está en todas las manos; sirve á los poetas, á los grandes escritores; á los hombres de Estado para escribir sus notas diplomáticas, á los generales para sus proclamas guerreras....

— Permitidme, respondió la pluma de ganso con fingida humildad; tened la bondad de decirme si despues de vuestro triunfo, ha habido en el mundo un número menor de necios ó de picaros; no lo creo. noble pluma de acero. Dante, Shakepeare, Pascal, Cervantes, Goethe no conocieron mas pluma que á mi. ¿No escribo yo una oda, lo mismo que una receta para la botica? Porque ante todo soy una buena persona, de carácter fácil y me amoldo á todos los deberes. Me dejo cortar como quiera cada cual, me dejo poner sobre la uña y abrir los puntos sin quejarme. Vos sois dura, inflexible, yo soy mansa y tranquila. — ¿Debo ahora agregar que sirvo para otras muchas cosas? De mi se hacen almohadas muy suaves para dormir; y nada di é de los pasteles de *foie gras*, de que sin duda habreis oido hablar....

— Bien dice el proverbio; torpe como un ganso, replicó la pluma de acero, no se trata aquí de almohadas, ni de pasteles de Estrasburgo; sois

mansa, os dejais cortar, abrir y mutilar; yo no sufro cortes ni mutilaciones, soy *una*, viva y fuerte; voy, vengo, y sigo siempre sin encontrar obstáculos.....

—Sois el camino de hierro, os lo concedo; yo soy la calzada sombreada por los árboles, yo voy quizá con mas lentitud, pero tambien yo llego.

—Con el acero, continuó la pluma de metal, se hacen tambien cosas que ciertamente no se parecen ni á las almohadas ni á los pasteles. El acero es la espada del general, la bayoneta del soldado, el cañon rayado, la coraza del buque blindado, ¿qué decís á esto, pluma de ganso?

—Digo..... digo que los gansos salvaron el Capitolio.

LA CAJA DE PLATA

CUENTO FANTÁSTICO

POR A. DUMAS, (hijo)

TRADUCIDO LITERALMENTE DEL FRANCÉS PARA LA SEÑORITA

V.... E....

(Continuacion)

—Qué me devolveis? preguntó el caballero.

—Bien lo sabeis.

—No os comprendo.

—Lo que me habeis dado.

—Mi corazon?

—Sí.

Le pareció al caballero, sentir un sacudimiento en su pecho.

—Mi corazon está encerrado en esa caja? preguntó.

—Sí.

—Quién lo puso?

—Yo.

—Cómo?

—Debeis comprender que cuando caí enfermo, al saber la fuga de René, mi madre envió á buscar un médico, el cual al ver la exaltacion de que era presa, buscó las causas de esa enfermedad. Sintió dos corazonces en mi pecho, y preguntó lo que eso significaba; y se lo expli-

qué. Entonces declaró que no podía curarme mientras conservase un órgano extraño que no servía sino para hacerme sufrir doblemente.

Pues así como mis goces habían sido duplicados en razón de mi doble corazón, mi dolor se duplicaba así mismo, teniendo un órgano mas donde roer. Además, existía entre vos y vuestro corazón una afinidad secreta de las mas raras, pues de pronto se ponía á latir en mi pecho por razones que no me eran personales, puesto que el mio permanecía mudo. Hace algun tiempo que han debido pasaros las cosas mas inesperadas; dos noches seguidas y una mañana, vuestro corazón se entregó á las mas raras evoluciones. Debí pasar algo de extraordinario en vuestra vida. Era una razón mas para tratar de restituíroslo. Sentía demasiado mis pesares, para cargar con los vuestros. La operación fué bastante feliz; coloqué vuestro corazón con el mayor cuidado en esta caja de plata y os lo devuelvo. Si quereis el mio, continuó M. Valentin, con amarga sonrisa, os lo doy, porqué ó me equivoco ó me matará. Bastante me ha castigado Dios por haber querido llevar la felicidad mas allá de lo que lo permitian las leyes comunes á la humanidad.

El caballero se quedó pensativo y contempló con tristeza, á aquel hombre que permanecía encorvado en su presencia.

—Adios, dijo Valentin levantándose, no tengo nada mas que decirnos.

Me habeis hecho mal creyendo hacerme un bien; pero no teneis la culpa; y os doy las gracias por la intencion.

—Y ahora qué vais á hacer?

—No lo sé, no me vereis mas. Voy á caminar en línea recta hasta que no encuentre ni un hombre.

Y el joven tendió la mano al caballero, que se levantó á su vez, y miró salir de su casa aquella especie de fantasma paralizada por el dolor. Cuando estuvo solo consideró largo tiempo el cofre que contenía su corazón, y tuvo tentaciones de abrirlo dos ó tres veces, pero retrocedió siempre, sintiendo un sacudimiento que no se esplicaba, cada vez que se aproximaba la mano. Cuando M. de Montidi volvió, el caballero estaba tan absorto que no sintió abrir la puerta. Le contó lo que acababa de pasar, y dos horas despues, no quedaba en él ni rastros de aquella impresion que no pudo ser sino pasajera. Durante la

noche los dos amigos salieron, y M. de Ylo volvió muy tarde. Venía bastante fatigado para dormirse pronto; pero en la noche tuvo un sueño, durante el cual vió á su madre moribunda llamarlo repetidas veces.

Cualquier otro con un sueño semejante se hubiera despertado sobresaltado, pero no era bastante para conmover á nuestro héroe. Se sentía, sin embargo, un ruido tan incómodo en la habitacion que se vió obligado á abrir los ojos. Se incorporó en la cama y escuchó, pensando de que podría provenir aquel ruido, preguntando, quién está ahí? Nadie le contestó y el ruido continuaba siempre. Le pareció al caballero que aquel ruido semejante al que produce un martilleo repetido, salia de la chimenea. Encendió su lámpara, se levantó y se dirigió derecho al paraje de donde parecia salir dicho ruido. El cofre de plata estaba en el mismo lugar que lo habia dejado, y á no dudarlo, era el contenido del cofre lo que producía tan extraño ruido. Así, mientras el caballero dormía, á pesar del sueño de su imaginacion, su corazón separado de él, latía como era de su deber, sacudiéndose contra las paredes de su prision, como se hubiera sacudido en su mismo pecho. El caballero á quien nada conmovia, retrocedió.

El extraño murmuró, y consideró algun tiempo aquella caja animada de su propia vida, por decirlo así, y cuyas pulsaciones disminuian poco á poco.

Cuando se hubieron apagado completamente exclamó :

—Es preciso concluir, y tomando en una mano la lámpara y el cofre en otra, bajó al jardín alumbrado por una luna llena, sus árboles parecían líneas negras en el azul oscuro del cielo sembrado de estrellas inmóviles y brillantes. Las pocas hojas que los árboles conservaban aun, impelidas por la brisa nocturna, caían una á una sobre la tierra endurecida. El silencio era completo. La naturaleza parecia haberse dormido como para no despertar jamás. Si de alguna de las casas vecinas, hubieran apercibido al caballero en aquel traje y en aquel paraje, caminando encorvado, de cierto le hubieran tomado por un sonámbulo. Se dirigió hácia una especie de choza donde el jardinero guardaba sus herramientas, y tomando una azada empezó á hacer una escavacion. En aquel instante el viento sopló tristemente sobre los árboles. Cuando la escavacion estuvo concluida, M. d'Ilo depositó en

ella el cofre de plata, que durante la operacion habia dejado cerca de la lámpara, en seguida lo cubrió con tierra, la cual pisoteó bien para ocultar que en aquel paraje habia sido removida y volvió à acostarse, exclamando: « espero que ahora me dejarà dormir tranquilo.» En efecto, se durmió con un sueño que nada debia turbar. Cuando el dia amaneció, el caballero dormia aun, y cuando á las diez, se despertó, habia olvidado completamente su sueño, y el acontecimiento que habia sido su continuacion. Apenas se acordaba que Mme. d'Ange debia venir. Dichosamente Julien se lo recordó en un billete, y á las diez la baronesa llegó.

—Mi visita debe pareceros muy estraña, señor, dijo la baronesa al caballero; pero la caridad tiene prerogativas de que carecen las demás virtudes teologales. Pero ante todo decidme, vos que no creeis en nada, creeis en la caridad? Por que si no creeis me retiro.

—Creo, Señora, desde el momento en que vos la ejerceis.

—Cómo! tendré bastante influencia sobre vos, para haceros retroceder en vuestras creencias? Qué cambio! Estais solo?

—Quereis permitirme, señora, que os hable con franqueza.

—Sí.

—De todo?

—Decid.

—Pues bien! Dadme vuestra mano.

—Tomadla.

El caballero la llevó á sus labios. La baronesa hizo un movimiento. Entónces M. d'Ilo tomó un billete de mil francos, de un paquete que estaba sobre la chimenea, y lo puso en el saquito de la baronesa.

—Para los pobres le dijo.

—Continuad, respondió Mme. d'Ange, sonriendo.

—Baronesa, no puede serse dichoso sino por el corazon.

—Qué decís?

—Digo que fuera de las alegrías del corazon, no hay nada real en este mundo.

—Jugais?

—No es lo que deciais el otro dia?

—Sí, pero.....

—Pues bien, lo repito. Es solamente la caridad, la que os trae aquí?

- Por qué otra razou podría venir?
- Os ruborizais.
- Me decís cosas tan inesperadas.
- Me habeis permitido decirlo todo.
- Hasta cierto punto.
- Entónces, no digo nada, y sin embargo.....
- Sin embargo?
- Os hubiera dicho cosas muy interesantes.
- Sobre el corazon?
- Sí.
- Que no teneis.
- Amais á alguien? señora.
- A nadie.
- De que os sirven, entónces, vuestra belleza, vuestra juventud y vuestro corazon?
- No amaré, sino al que me ame.
- Y si yo os dijese que os amo, baronesa?
- No os creeria.
- Que es preciso que vuestro amor me pertenezca.
- Caballero!
- Para los pobres, dijo por segunda vez, M. d'Ilo, depositando su segunda ofrenda.
- Teneis un modo original de hacer caridad.
- Qué importa, con tal que los pobres se aprovechen.
- Deciais, pues?
- Ya veis que vos misma volveis sobre el asunto. Decia continuó el caballero arrodillándose á los pies de Mme. d'Ange, decia que si no me amais no sé lo que será de mí, que he soñado con vos, baronesa, el porvenir mas encantador, la felicidad mas completa. Ereis jóven, tambien lo soy yo; ereis libre y solo pido el derecho de trocar mi libertad por una esclavitud eterna á vuestros piés. Vamos, señora, dejadme persuadiros. Es tan corta la vida! Tenemos acaso derecho de perder nuestro tiempo entre la duda y el temor? Seamos creyentes desde ya; y nos habremos burlado del destino. Qué pruebas de amor exijis? Os ofreceré mi vida. Banal presente. Nada es tan fácil de ofrecer á la persona que se ama, como la vida. Yes, sin embargo, lo que todos los

amantes ofrecen en casos semejantes; disponed de mí á vuestro capricho, no veré sinó por vuestros ojos, no pensaré sinó á vuestro gusto, seré vuestro esclavo, vuestro reflejo, en fin, esa cosa fácil de manejar y obediente que toda mujer cual vos, necesita á su lado.

Estas palabras fueron dichas con una voz tan irresistible, con una emocion tan aparente y tan inesperada, que la baronesa creyó, por un momento, que el caballero estaba loco.

—Ereis vos, el que hablais así? dijo ella.

—Soy yo, baronesa.

—Y es á mí, á quien hablais?

—A vos misma. No es este el lenguaje que encontráis preferible al que usaba el otro dia?

—Y si fuese bastante débil para creerlos?

—Entónces, él seria el hombre mas feliz del mundo.

—Quién es él?

Y esta vez, Mme. d'Ange, pensó sériamente que el caballero habia perdido el sentido comun.

—Julien, respondió tranquilamente M. de Ilo.

—Cómo Julien?

—Sí, es él, el que os habla por mi voz.

—Quién os lo ha dicho?

—Él mismo, que vino ayer á anunciarme vuestra visita y que como no se atreve á declararos su amor, yo os lo he declarado por él.

La baronesa se levantó avergonzada y desdenosa.

—Caballero, lo que acabais de hacer es casi una cobardía.

—En nombre de los pobres, escuchadme señora.

Y tomando el resto de los billetes, los envió á reunirse con sus compañeros.

Una lágrima brillaba en los ojos de la baronesa. El caballero volvió la vista por no verla.

—Sí, he sido muy imprudente, murmuró Mme. d'Ange, pero creo que el castigo ha sobrepasado la falta. Un insulto semejante á una mujer que nada os ha hecho, es mas bien una prueba de crueldad, que falta de corazon.

Escuchadme, señora, y me excusareis. Sabeis qué clase de hombre soy, os lo he dicho, mi conducta en casa de la marquesa os lo ha pro-

bado. Insensible á los sentimientos comunes á la humanidad, soy incapaz de sentir amor y no me intereso en inspirarlo. De todas las personas que he tratado desde que me encuentro en este estado, ereis la única por quien he sentido una impresion que en mi situacion excepcional no sabria explicarme. Sea lo que fuere, lejos de querer mortificaros, trataria de evitaros un momento de pena si estuviese en mi poder. Es todo lo que puede exijírseme. Pero os veo amenazada de un gran peligro.

—De un peligro?

—Del de amarme.

—De amaros !

—Sí, os lo repito. La razon que os ha traído á mi casa, vuestro rubor me lo ha demostrado, no es la caridad solamente.

Despues de lo que ha pasado entre nosotros y en vuestra presencia en el castillo, se os ha ocurrido la idea instigada por el despecho, de entreteneros en triunfar de ese hombre sin corazon que llaman el caballero d'Ilo. Es una distraccion como cualquier otra, para una mujer desocupada y cuyo poder es incontestable. Asi cuando hubieseis conseguido un pequeño triunfo, habriais dejado al caballero desesperarse un poco, mucho talvez, segura á vuestro turno, de permanecer insensible á sus ruegos. como él habia permanecido frio á galanterias que no tenian mas objeto que ganar una apuesta. Era, señora, jugar á un juego peligroso, acostumbrándoos á una lucha en la cual habria vencido siempre y donde vuestro corazon, pugnando entre el amor propio y mi indiferencia, habria concluido por caer esclavo de mi voluntad. Dichosamente no lo he querido, y por vos misma, por vos sola, os he desengañado inmediatamente y como veniais aquí á buscar espresiones de ternura y de cariño, os he hablado en nombre de otro, como un hombre que ama. Ved, señora, el camino que conviene seguir á vuestro corazon. Julien os ama y si es que el corazon tiene realmente alegrías en este mundo, gozadlas juntos por que los dos las mereceis.

(Continuad.)

Seccion poética

Al Sol

(DE UNA LEYENDA)

Sol, que vas á besar el horizonte
A quien besa sonriendo el ancho mar,
Cuando su frente de rubor se cubra
Al roce de tus labios. ¿Dónde irás?

Oye é inclina tu soberbia frente,
Ante la dicha inmensa de un mortal,
Tú, orgulloso querido de los cielos!
Amante de la vasta inmensidad!

Tú, cuando llega la mañana y haces
A tu primera claridad lucir,
Te sonríes sabiendo que te esperan:
Que el alma de la tierra es para tí!

Yo cuando al mundo las tinieblas cubren
Escucho entre mí mismo una cancion;
Porque sé que hay una alma que me espera,
Sé que por mí palpita un corazon!

Tú, cuando imprimes en la tersa frente
Del horizonte, un ósculo de amor,
Y tierra y cielo de rubor se cubren
Gozas sonriendo con orgullo ¡oh! Sol.

Yo si junto sus labios á los míos,
Y su frente se cubre de rubor,
La veo trocarse en Serafin divino
Y yo me siento convertido en Dios!

Tú, Sol, solo eres sol de la materia,
Solo alumbra á la tierra tu fulgor!
Yo soy sol de un espíritu, de una alma;
Yo alumbro, yo ilumino un corazon.

Tú si mañana el Hacedor hiciera,
Que dejases por siempre de brillar,
Serías olvidado por la tierra
Con la que hoy tan orgulloso estás !

Yo nó ! Yo que camino vagabundo,
Yo que un átomo soy, pobre mortal,
Yo sé que tengo un alma que me adora:
Como ella, mi recuerdo es inmortal !

José Pedro Varela.

Quejas

Ideal de la mujer, alma sublime
De la esencia de Dios, puro destello,
Lumbre de bien que hieres las tinieblas
En la que rueda el Universo envuelto.

Presagio hermoso de postrer encanto
Blanca vision que vienes compasiva
Cuando se agita en tenebrosos sueños
Y en lucha tempestuosa, el alma herida.

A tí tan solo dirigir pudiera
El lánguido éco de mi pecho roto,
A tí Carlina cariñosa amiga
Mis ayes de dolor, mi amargo lloro.

A tí que sabes valorar el duelo
Que enluta un triste corazon herido,
A tí que tienes para el llanto ageno
Emociones de amor, llanto bendito !

A tí mi alma sus clamores vagos
Su amarga queja dolorida envia.
Que habrá en tu seno tan amante y noble,
Asilo de bondad, tierna acogida.

A tí abro el libro de mi aciaga historia
Y allí verás, compadecida amiga,

Páginas negras que con sangre escritas
Señalan bien los pasos de mi vida.

Allí has de leer con dolorido acento
En cada foja un lastimero drama;
El estertor horrible de la víctima,
De los verdugos la alegría infanda.

Allí has de ver con indelebles tintes
Pintado el mundo por su *vera face*,
Y allí veras cuánta miseria guarda,
Como es felon, hipócrita, é infame

Mas ay! ¿á qué recorrerè ese velo
Que aun te oculta la perfidia humana;
A qué romper tus blancas ilusiones,
Herir tu noble y generosa alma?

No, no la quiero de lozanas flores
Sigue ese mundo hermoso y placentero,
Que no es el mundo que mi duelo labra
Vive tan solo, en tus felices sueños.

L. N. Alem.

Sinced:

Las repetidas veces que me han precedido en
el paleto han tenido, de valientes por calidos, en mi
misma. Cuando, yo, en pobre punto de broches yoda
voy a darle la sombra que le falta.

Hay situaciones D

APARECE LOS DOMINGOS

SECCION

DE LOS
DOMINGOS

PUNTOS DE SUSCRICION

Libreria Argentina de la ...
Libreria y encuadernacion ...
Oficina del periodico ...

EN BUENOS AIRES

Libreria del Colegio ...

APARECE LOS DOMINGOS

SUSCRICION:

Por mes. 1.20
Números sueltos. 0.30

PUNTOS DE SUSCRICION

Libreria Argentina de Ibarra. Cámaras número 74
Libreria y encuadernacion. Treinta y Tres núm. 110
Oficina del periódico 18 de Julio núm. 57.

EN BUENOS AIRES

Libreria del Colejio. Bolivar 54.